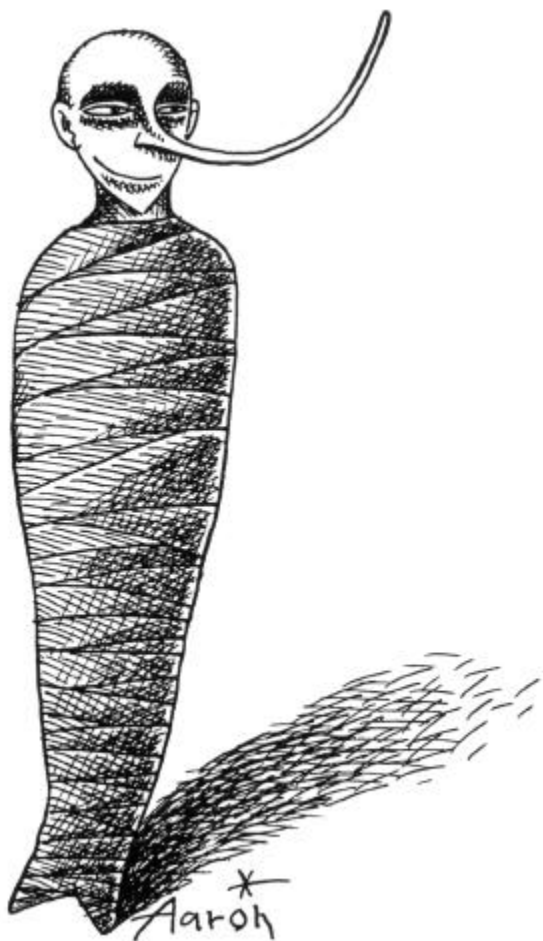


Raúl Garduño: Un poeta en el tiempo

DIONICIO MORALES

1

Siempre es difícil, cuando muere un joven poeta, situarse en el anhelo justo medio para emitir un juicio, o si se quiere un comentario, en el que no prevalezca el cariño y la amistad antes que una crítica razonada, acerca de la obra poética que hasta ese momento escribió. Yo, por lo menos, dudo de la objetividad, para estos casos, de los poetas, porque pienso que es, hasta cierto punto, lógica la dolorosa tarea de nombrar con amor la figura de un ser querido o cercano, porque la balanza se inclina casi siempre para el lado de lo que recordamos como lo más afortunado de las acciones que realizó y olvidamos, en ese instante, lo menos valioso que escribió o vivió. Pero también queda en el aire la posibilidad de que las opiniones de un amigo muy cercano, a pesar de todo, puedan llegar a tener cierta credibilidad para los demás si la trayectoria literaria del invitado así





Martín Velázquez

lo amerita, ya que, lo sabemos, en la expresión caben, cabalmente, varios significados.

2

A pesar de que soy unos años mayor que Raúl Garduño y de pertenecer cronológicamente a su generación, como Alejandro Aura, Elsa Cross, Evodio Escalante, Elva Macías, Francisco Hernández, Marco Antonio Campos, Orlando Guillén y David Huerta, entre otros, yo empecé a escribir algún tiempo después de que nuestro poeta chiapaneco en 1961 ya hubiese publicado sus primeros poemas en revistas de su estado natal. Lo conocí en 1965 por el pintor, también chiapaneco, Gonzalo Utrilla quien me lo presentó en el café que estaba frente a la entrada de la Sala de Arte OPIC (Organismo de Promoción Internacional de Cultura), dependiente de Relaciones Exteriores dirigida por el poeta sonoreño Abigail Bohórquez, entrañable amigo y maestro mío.

Utrilla y Garduño tenían muchas cosas en común, además de haber nacido en Chiapas. Eran jóvenes y audaces, desinhibidos, francos, generosos, amorosos, de muchos aspavientos sintácticos en el habla y exponían y defendían sus puntos de vista con una desmedida pasión que rayaba entre la necedad, el escándalo y el convencimiento. Casi paisanos –Utrilla decía, en serio y en broma, que Tabasco era el norte de Chiapas–, nos hicimos amigos de inmediato. Raúl empezó a decir versos de Carlos Pellicer de memoria y yo le respondía con otros de Jaime Sabines. Garduño, recuerdo, estaba cerca de Sabines y de los poetas del grupo de “La espiga amotinada”, Juan Bañuelos, Óscar Oliva y Eraclio Zepeda; los admiraba profundamente, así como a Enoch Cansino Casahonda y a Daniel Robles –hablando de esta zona maya–, ya fallecido para esas fechas, de quien recitaba el poema que Pellicer le escribió como prólogo a su libro *Viento al hombro*.

Siempre me asombró la manera apasionada en que hablaba de sus lecturas, de los poetas, de los escritores en los que él encontraba rastros y rostros de sí mismo. Todavía conservo el ejemplar de los *Cantos de Maldoror*, de Lautremont, subrayado por él que me obsequió un día de mi cumpleaños. Raúl Garduño hacía alarde de una vitalidad y una chispa percedera y su risa, bastante contagiosa, siempre la tenía a flor de piel. Raúl Garduño –consta en una carta que conservo de él– se sentía mal situado en este mundo. Su personalidad, a pesar de su corta edad pero alentado por las lecturas de escritores mayores en el terreno de las profundidades existenciales, acusaba una marginación propia, al tiempo que alentaba su espíritu para llevar al papel los alaridos y susurros de su poesía, casi siempre escrita en poemas largos, arrolladores, cuyo inusitado aliento y desparpajada incontinencia me hacía recordar a Marco Antonio Montes de Oca y a José Carlos Becerra. La sonoridad de sus versos contrastaba con la desespe-

ranzada vocación de su auténtico y a veces descomunal aliento poético.

Aunque Raúl Garduño, por ese entonces, no publicaba mucho en las revistas literarias y suplementos culturales de la Ciudad de México, a sus pocos allegados nos sorprendía leyéndonos o mostrándonos sus poemas que eran tan distintos a los nuestros. Haciendo un balance a distancia y a vuelo de pájaro, en esos años sesenta, Aura escribía poemas breves inspirado en sus lecturas de Atila Josef y de Nazín Hikmet –nunca señalado por crítico alguno–; Cross hacía sus pininos con Naxos, poemas en prosa salidos del taller de Juan José Arreola; yo había publicado dos plaquetas, una en 1965 y otra en 1967, una de ellas quizá menos intrascendente que la otra; los demás, Huerta, Macías, Guillén, Campos, Escalante, publicaron sus libros hasta los años 70. Cada vez que leía los poemas de Garduño me convencía de que estaba ante un poeta joven con una fuerza lírica extraordinaria. Debo agregar que Raúl como persona respondía al Garduño como poeta, lo que no sucede con todos.

3

La verdad es que a Raúl Garduño como poeta no lo hemos podido leer de corrido para adentrarnos y conocer su trayectoria, porque las publicaciones que se han hecho de su poesía han sido pocas y no siempre han corrido con suerte a la hora de la distribución, como sucede con casi todos los libros que se publican en el interior de la república mexicana. Por ello es una buena oportunidad el libro *Encuentro a la tempestad* (Poemas inéditos) que seleccionado y presentado por Elva Macías, editado por Francisco Magaña en “Ediciones Monte Carmelo”, tenemos hoy frente a nuestra vista. Quiero resaltar la labor profesional, amorosa, paciente, chiapaneca, de Elva Macías al acercarse como investigadora a la obra de Raúl Garduño y, sobre todo, las oca-

siones en que la ha dado a conocer entre los pocos lectores interesados en la poesía en México. Antes de que llegue a nuestras manos una obra completa de Garduño preparada por ella, es un regalo la selección de estos poemas no recogidos en libro alguno ya que con las fechas consignadas nos facilita un mejor recorrido.

4

En los primeros cinco poemas de la primera parte, todos ellos publicados en 1960 en la revista del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Raúl Garduño, a los quince años de edad, escribe con una mano firme, sin los titubeos propios no sólo de la edad sino de los textos iniciales de casi todo poeta, lo cual de entrada ya es para asombrar a los lectores. “Del vientre de un día”, con el que abre este libro, viene a ser su tarjeta de presentación en la que confiesa Aquí estoy con mi palabra llena de miedo. En contrapunto, muestra mucha seguridad a la hora de presentar, encabalar el poema y llevarlo hacia un final que, a pesar de sus protestas existenciales, de su adivinación de un mundo que no le es y no le será del todo extraordinario y favorable a sus sueños y visiones diurnas y nocturnas, a la encabronada vida diaria que lo alimenta para bien o para mal, lleva un canto esperanzador con el que continúa de pie sobre la tierra: “Hay más vida todavía”.

Llama mucho la atención los títulos de los poemas: “Con los cuchillos llorando”, “Sepultándome en un cáliz”, “Octubre estéril”, que nos susurran al oído algo de su predestinado surgimiento. No es común encontrar en los textos de un joven poeta tanta otredad a propósito de la vida que todavía empieza; es decir no es una desventura existencial personal o una decepción amorosa propia la que desentraña en sus poemas, es un dolor joven nacido de vaticinios sospechados que dan lugar a una mayor presencia de estremecimientos adultos, es una orfandad incrustada en el alma donde

no tienen cabida las sutilezas propias de la edad, los sueños inventados, los días bañados con la luz de las imágenes deseadas.

En la parte de *Encuentro a la tempestad*, 1962, de Raúl Garduño, los temas viajan de la muerte al amor y a los alientos sociales. La mención en uno de sus poemas de Vallejo, Whitman y Baudelaire, no es casual, porque son los alientos que presiden esta poesía. La España de Vallejo cuando la guerra civil española resucita momentáneamente; Cuba, la Cuba del Che Guevara, de Camilo Cienfuegos, de Castro, brilla con levedad en una noche

oscura; y el amor irrumpe de todas maneras, suavizando, dulcificando las páginas que antes garrapatearon las dulceamargas frutas de la temeridad de una quimera, más que vislumbrada, padecida en el rastreo poético que las palabras secuestraron para mostrarles el camino de la libertad, y que ahora le hace escribir, en pleno jubileo carnal, “eres la única que puede hacer crecer el musgo/ en el cemento austero y grande de la noche”.

En los poemas de este libro, más que en los que yo conozco, se puede apreciar el manejo de ciertas formas clásicas que Raúl Garduño aprendió como todo buen oficiante, y que después dejó de lado para más tarde abandonarse al verso libre donde encontró su ritmo, lo que equivale a decir su camino. Tres sonetos y un poema con la mayoría de los versos endecasilábicos nos hablan de esa entereza formal que, justo es recordarlo, no encontró cobijo al amparo de su expresión, no sólo en este libro sino en todos sus libros, porque su invocación herida de presagios burilaba su sentencia poética.

Raúl Garduño nos dejó una obra que, repito, todavía no hemos podido apreciar del todo hasta que vea la luz el libro de su obra completa que prepara su paisana y amiga y admirada Elva Macías. Pero de lo que sí podemos estar seguros es de que pese a su muerte prematura –treintaicinco años de vida–, a sus desmanes existenciales, a sus excesos rutinarios de vida, a su amorosa entrega a los desvalidos del alma –como él– era, es, todo un poeta al que hay que adoptar para que su orfandad no se convierta en olvido.



Benavides 93